

La desobediencia de los “elegidos”

Es lamentable que, viendo las trabas que se ponen para que llegue el anuncio de la proximidad de la Segunda venida del Señor o Parusía a la gran mayoría de los cristianos, puesto que nos resulta sumamente difícil acceder a que no lo son, no seamos capaces de reflexionar y quitemos aquellas que dependen de nosotros. Por desgracia, hay trabas externas a nosotros, los dispuestos a llevar a cabo ese anuncio, empezando por vivirlo en nuestras vidas.

La Palabra de Dios es la verdad en sí misma. Nosotros nos esforzamos por ser verdaderos en nuestras palabras y actitudes. Pero unas y otras no son la verdad, ni siquiera la reflejan con nitidez. En cambio, Jesucristo sí es la Verdad.

Cuando la leemos en la Sagrada Escritura, o de manera derivada en mensajes que proceden de lo Alto, al menos así nos parece, estamos en contacto con la Verdad. Y la Verdad no deja resquicio para el engaño, el que procede de nuestra percepción. Ahora bien, si el objeto de esta percepción es nuestras propias actitudes, entonces el riesgo de equivocarnos es grandísimo. Y por eso es la luz que procede de Dios la que nos tiene que advertir del engaño en el que estamos envueltos sin darnos cuenta.

Qué pocos se dan cuenta de que incurren en un grave error al no ser capaces de examinar su actitud equivocada, que proviene de poner su objetivo en algo que no compete de ninguna manera al hombre y a su misión en este mundo: la pretensión de investigar el proceder de Dios, sus planes. Esto tiene para el ser humano un coste muy elevado: salirse del camino que le toca recorrer. El hombre se arroga la facultad de juzgar el gobierno de Dios sobre el mundo. Es una pretensión loca, y no sólo inútil, sino que por sí misma desvía del verdadero objetivo, el que tiene asignado en los planes de Dios. Enderezar este proceder no

es nada fácil, pues nuestro ego tiene una capacidad increíble de camuflar su orgullo. Y el que quiere ayudar, siente que no hay tarea tan enojosa como el hacer caer en la cuenta al orgulloso de su extravío.

Las palabras del Señor son desgarradoras: “Mi Venida es inminente, está cercana en los días y las horas; pero tú, pueblo Mío, sólo buscas el conocimiento de las cosas que sólo corresponden a Dios. Prepara tu alma, prepara tu corazón, prepara tu vida porque llego, llego a ti, pueblo Mío” (Mensaje 29, 7nov.2016). El trabajo interior nos cuesta. Tenemos que enfrentarnos a debilidades que nos superan, hay en nosotros viejas heridas que no están curadas y nos cuesta ser pequeños y presentar al Señor esta dura realidad que nos humilla. Nos falta la confianza en su poder y misericordia, que serían los que pueden sanar nuestro interior, y, en cambio, nos distraemos con otros puntos de interés cuyo conocimiento nos puede dar una categoría ante los demás, pues la inmensa mayoría no sabe de estos planes divinos: “El hombre busca sabiduría de este mundo y conocer los secretos que nunca le han sido revelados, pero no persigue en igual manera la Salvación.” (id.)

Somos unos privilegiados, pues si bien hay determinadas cosas que el Señor quiere que todavía no sean desveladas y que sucedan sin que podamos controlar la sucesión y lugar de todos los acontecimientos, y por qué razones concretas ocurre tal o cual detalle, no es menos cierto que quiere que caminemos en fe, como todos, fiándonos de Él, y no utilizando el conocimiento de las cosas que ya nos ha revelado para nuestra vanidad, sino para ayudar a otros y prepararnos espiritualmente.

Sucede como cuando conocemos a una persona que nos ha fascinado por sus cualidades, por su atractivo personal, por la influencia y la fama que tiene ante muchas personas, pero solo nos interesa ganar renombre ante los demás y no su persona. Ciertamente que esa fascinación es muy humana y sirve para entrar en contacto, para tener noticia de esa persona y empezar a conocerla, pero si nos

quedamos en el aspecto exterior y en los beneficios que nos puede reportar ante la gente el tener trato con persona tan importante, no amamos a la persona por sí misma, ni somos amigos verdaderos.

Jesús espera de nosotros que demos un paso importante en la amistad con Él, que no nos quedemos en la superficie de conocer noticias sobre los últimos tiempos que otros no conocen. Eso puede ser una vanidad como otra cualquiera, o mucho peor que cualquier vanidad insignificante, pues nos estaríamos sirviendo de lo espiritual para fines puramente humanos; sería una hipocresía insoportable para el Señor.

¿Cómo rectificar esa vanidad que puede echar a perder todo nuestro interés y entrega por el Señor y desviarnos del verdadero camino que nos lleve a la unión y amistad verdadera con el Señor?

El Señor nos da tres claves, que se podrían desglosar y añadir muchas otras. Pero para ceñirnos a las palabras que hemos recibido en los mensajes citemos en primer lugar estas tres: la obediencia a los Mandamientos intangibles de la Ley de Dios, la recepción de los sacramentos y el abrazarse a la Cruz, la que nos toca a cada uno.

En los Mensaje se ha ido desmenuzando estos tres pilares básicos, sin descuidar lo que también se ha dicho sobre la meditación de la Palabra de Dios, sobre la vida de caridad (M. 11, 7 may 2015), sobre la recepción y administración de la penitencia por los sacerdotes (M. 24, 7 jun 2016) y sobre el dolor bien aceptado (M. 29, 7 nov 2016).

Cuando se es fiel, a esta vida de unión con Dios y se hace examen diario, las tentaciones no pueden derribar lo que se cimienta en base tan firme. No dejemos de purificar eso que desdibuja el mensaje y desautoriza a los mensajeros.